

El niño que no jugó nunca

(CUENTO)

POR la tarde, cuando los chicos salían de la escuela, la vieja plaza del pueblo se llenaba de juegos y voces alegres. La pelota de trapo corría de un pie a otro, deshaciéndose en jirones. A veces, la pelota de trapo daba en la cabeza a alguna vieja desabrida. La vieja dirigía una reprimenda a los niños; ellos le sacaban la lengua con crueldad. Por la tarde, todos los chicos jugaban en la graciosa plaza de la aldea.

Sólo el pobre niño miope no jugaba. Al salir de la escuela, se iba derecho a su casa. Sus compañeros no le querían, porque era enclenque y no sabía jugar al fútbol. El siempre estaba solo, y desde una ventana de su casa, veía tras los cristales redondos de sus gafas cómo se divertían los demás. Una vez vió a la pobre doña Engracia golpeada por la triste pelota de trapo. La vieja casi se cae, pobrecilla. A él le dió mucha pena de doña Engracia cuando se alejó, jorobadita, hacia su casa. También le daba pena de la pelota de trapo, tan pateada. A menudo, le corrían las lágrimas detrás de las gafas.

¡Oh, cómo odiaba él esas gafas redondas y feas! Una vez se las quitó. No las quería. No quería que sus compañeros siguieran burlándose de ellas. Ya no las llevaría más. Pero le sucedió algo con lo que no había contado. Fué a la escuela y se colocó en un banco que no era el suyo. No supo leer en el libro. Y los otros se le ponían delante, y se reían como sombras que le sacaban la lengua. ¡Pobre niño miope! Luego, Madre le riñó. Nunca volvió a quitarse las gafas, esas gafas que le impedían ser como los demás.

Padre le había dicho que cuando fuera mayor le compraría otras gafas más bonitas. Pero padre murió el año pasado, cuando las hojas empezaban a caerse de los árboles. Estaba enfermo desde hacía mucho. El médico le recomendó aire puro, y Juanito y él se iban de paseo a la sierra. Ahora, Juanito añoraba aquellos paseos. El decía cosas tan bonitas... Se sentaban sobre una roca y contemplaban el pueblecito, extendido a sus pies, pardo y rojo. Juanito oía historias...

Una vez, un pastor que vivía en aquella casita...

Volvían de la sierra por el camino del cementerio, delante de las ovejas que venían de pastar. A Juanito le gustaba la música de las esquilas. Muchas ovejas bajaban a beber al pequeño río que pasaba

cerca del cementerio. Juanito las miraba desde el viejo puente de madera. Padre le llamaba:

—Vamos. No te estribes sobre la baranda, que puedes caerte. Ya sabes lo que le pasó al buhonero.

Juanito se retiraba. Hacía poco que un pobre viejo que iba los domingos al pueblo para vender quincalla se había caído del puente una tarde de niebla. Le encontraron muy abajo, destrozado por las rocas. Los muchachos iban a ver el cadáver, como quien va a una fiesta. Juanito se quedó en casa, pensando en que aquel buhonero ya nunca vendería nada.

Al volver del paseo, Madre estaría en casa. Madre era seria y hablaba poco. Pero también era buena. Por la noche, ella cosía junto al fuego mientras el hombre parecía meditar, con las manos unidas y la mirada fija en la lumbre. En la mesa, Juanito hacía cuentas de dividir. Era el único que sabía dividir en la escuela, y esta aplicación suya le hacía más aborrecible a los ojos de sus compañeros.

Los domingos, Juanito iba a misa de doce con su padre. Madre iba antes, a las siete. La iglesia era de piedra y tenía una torre muy alta, con campanas. El había tocado un día aquellas campanas. La misa era larga, porque don Nicolás, el cura, era viejo y despacioso. Las mozas miraban de reojo a los mozos, que se ponían detrás. Las viejas suspiraban. Doña Engracia oía una misa tras otra, sin cesar de mover los labios en plegarias. ¡Pobre doña Engracia! Vivía sola, en un feísimo *chalet* que era la mejor casa del pueblo. Juanito fué a verla un día y ella le dió chocolate con bizcochos. Luego, le enseñó muchos cuadros que guardaba en una habitación tapizada con un papel lleno de pajaritos verdes sobre un fondo rosa. También tenía dos gatos siameses que miraban a todo el mundo con desdén, y un perrito que nunca se atrevía a salir de casa. Don Nicolás solía criticar a la pobre vieja el tener tantos animales inútiles, y no comprendía que eran su única compañía. En misa, doña Engracia rezaba y hablaba con sus santos. Cuando la misa de doce acababa, Juanito iba con Padre al único café del pueblo, donde se reunían los hombres para jugar a las cartas. Padre les invitaba a unas copas.

—Cada vez estás más en los huesos—le decían—Mismamente parece un fantasma.

A Juanito muchas veces le parecían crueles las palabras. La gente no debía hablar tanto. El hablaba muy poco. Madre le decía que había nacido para fraile, como su padre. Lo decía como con desprecio. Como si el ser fraile fuera algo deshonoroso. Juanito no comprendía bien a su madre. Parecía amargada, como preocupada por algo que no tenía y que podía haber tenido. Quizá añorara la ciudad. Ella había nacido en la capital. Padre la conoció allí y se la trajo al pueblo. Era como enterrarla en vida. Al principio no lo resistió y se fué sin decir nada a nadie. Se fué sola, pero las malas lenguas decían que no, que un hombre había venido a buscarla. Al fin, vino al pueblo al cabo de un mes, porque pronto iba a nacer Juanito. El la recibió con los brazos abiertos, sin preguntarle nada. Desde entonces, Madre adquirió el color pardo de la tierra. Pero sus ojos, algunas veces pa-

recían volar lejos. Entonces, Padre se cogía la cabeza entre las manos, como intentando callar las voces malditas de las gentes, que gritaban en su alma como graznidos de cuervos.

Todo eran gestos, ausencia de palabras. Juanito estaba acostumbrado al silencio de aquella casa rústica. Pero sus ojos miopes recorrían desde la ventana el juego de los niños en la plaza.

* * *

Una tarde al salir de la escuela, Juanito no se marchó derecho a casa. Madre le había dicho que él también enfermaría si persistía en encerrarse entre cuatro paredes. Lo dijo ásperamente. Ella era buena, pero a veces le dolían sus palabras.

—Cartujo—le decía—. Cartujo como tu padre.

¡Su padre! Aún recordaba cómo años atrás él le sentaba sobre sus rodillas y le decía que algún día sería un gran abogado.

—Sí, Juanito, y entonces tendrás contenta a mamá y te reirás tú de esos alcorchoques que sólo saben dar patadas.

Pero ni Madre nunca estaría contenta ni Juanito sería nunca un gran abogado. El muchacho, con sus ojos tristes, parecía comprenderlo ahora, que se veía tan solo. Frecuentemente deseaba morirse. Le enterrarían junto a su padre. El recordaba cómo enterraron a su padre. Trajeron a casa una caja larga y negra. El estaba muerto sobre la cama, tieso y frío. Muchas mujeres vestidas de negro rezaban a su lado todos los misterios del rosario. A Juanito le deban miedo esas voces monótonas de las viejas rezando avemarías. Madre no lloraba. Estaba muy seria, con un velo negro sobre la cabeza. Parecía una esfinge. Sólo se movió una vez para coger una vela que se cayó sobre el muerto, al tiempo que una moza retrocedía gritando de susto. Las viejas echaron a la moza del cuarto y Juanito se la encontró en las escaleras. Con muchos aspavientos, le dijo que había visto algo que traía mala suerte y que se guardara para que no le ocurriera ninguna desgracia, que las desgracias nunca vienen solas. Juanito fué a mirar por el ojo de la cerradura. Entonces metían el cuerpo en la caja. Juanito tenía los ojos muy abiertos y se preguntaba por qué nacen las personas si luego se mueren así, y se quedan para siempre bajo la tierra, como si nunca hubieran existido. Era extraña la muerte, muy extraña. Juanito empezó a sentir miedo cuando cuatro hombres sacaron la caja negra de casa y se la llevaron hacia el cementerio. Pero fué tras ellos, sin comprender bien todavía que su padre ya no era nada, que ya no le vería nunca. El cementerio era pequeño y estaba muy abandonado. Tenía una capilla medio en ruinas. Hicieron una fosa y metieron la caja. Juanito lo miraba todo con ojos espantados. Vió una calavera entre la tierra. Le causó una sensación imborrable de misterio y horror. Tuvo que mirar a otro lado y echar a correr. Se sentó sobre una piedra y estuvo llorando hasta que anocheció.

Ahora, solo, Juanito se dirigió a las afueras del pueblo. Ante él estaba el camino del cementerio. Pensó ir allí y rezar sobre la tum-

ba de su padre un padrenuestro. El recuerdo de la calavera le atemorizó un poco. Se estribó sobre la rústica pared de un huerto y se puso a decidirlo. Mientras, se quitó las gafas para limpiarlas. Estuvo un momento sin ver más que sombras a su alrededor. Pensó qué sería de él sin aquel artefacto que odiaba. Realmente, no debía odiarlo. Le eran imprescindibles. Volvió a ponérselas y entonces vio algo que le dejó maravillado. Frente a él, a unos pasos, había una niña, como de su edad que le estaba mirando. Lo maravilloso era que también tenía gafas. Juanito sonrió. Le pareció que estaba unido a esa muchacha. No la conocía. Seguramente, era nueva en el pueblo. Pero las gafas eran como un puente entre sus dos corazones.

—Hola—dijo ella con voz muy seria y como quien se dirige a un inferior—. ¿Eres de aquí?

—Sí.

—Yo, no.

Por el momento no se dijeron más. Juanito estaba muy contento... Quizá encontrara una amiga. Ella era una chica alta, con vestido gris y medias negras. Llevaba flequillo y tenía una cara bastante inexpresiva. Era una criatura muy rara.

—Sí, nunca te he visto—dijo Juanito para romper el silencio.

—Claro, no soy de aquí.

—¿De dónde eres?

—¿Yo? Soy de la capital. Mi padre es abogado.

Hablaba dándose importancia, entornando un poco los ojos. Pero a Juanito le parecía maravillosa. También le gustaba que tuviera un padre abogado.

—Yo también seré abogado cuando sea mayor. Y me iré a la capital.

—No es posible. Los chicos de los pueblos sólo saben arar la tierra.

—Pero serán los que no quieren aprender otra cosa, ¿no?

Ella no se afectó en absoluto por la sabia contestación. Parecía muy indiferente. Siguió diciendo:

—Me alegro de no ser de pueblo. Allí se ríen de los pueblerinos, que no saben andar por las calles y se saltan las señales.

Juanito la interrumpió.

—¿Qué señales?

—¡Oh, claro, tú no sabes!—exclamó ella, con mucho énfasis.

—¿Y volverás? ¿No te quedarás aquí para siempre?

—No.

Juanito se descorazonó. Algo se derrumbó en su interior.

—¡Oh! ¿Por qué no te quedas?

La muchacha soltó una risa seca.

—Porque este pueblo es horrible. No hay bulevares, ni cines, ni señoras elegantes. No hay escaparates, ni anuncios luminosos, ni coches, ni mujeres que pregonan lotería...

Juanito la miraba con ojos brillantes. Le parecía estar muy lejos de su casa y de la seria mirada de Madre.

—Y, dime, ¿hay todo eso... allí?

—Claro—cortó ella tajantemente.

—Dime más cosas que haya, anda.

—Hay chicos elegantes en el colegio y en la calle. No como aquí, que son unos piojosos.

—Yo no soy piojoso.

—¿Y qué?

Qué querría decir ese «¿y qué?» Juanito no comprendía a aquella chica. Hablaba como habla el sabio al ignorante, el amo al criado. Pero tenía gafas. Unas gafas redondas y feas ante sus ojos grises. Si no las tuviera, Juanito la juzgaría antipática.

—Eres más bajo que yo y muy poco fuerte—dijo ella inesperadamente y mirándole con desprecio—¿Cómo te llamas?

Juanito se lo dijo y luego le hizo a ella la misma pregunta. La chica respondió, entornados los ojos con mucho orgullo.

—Mi nombre es Juana de Arco. Mi abuelo era marqués.

Juanito rió, divertido.

—Juana de Arco era una santa a quien quemaron. Me lo enseñaron en la escuela.

Ella le miró con el entrecejo fruncido y juró y perjuró que también se llamaba así. ¿Es que dos personas no pueden llevar el mismo nombre?

—Mi abuelo era marqués, ¿sabes?

—¡Oh! En este pueblo no hay ningún marqués. Todos son tíos.

—¿Cómo iba a haber marqueses aquí? Sólo los hay en los castillos. Mi abuelo tenía uno precioso, en una roca, sobre el mar. Yo iba a pasar allí los veranos, ¿sabes? Mi cuarto estaba en una torre muy alta, con almenas... ¿Sabes lo que son almenas? Bueno, pues yo me sentaba sobre las almenas y desde ellas podía contemplar medio mundo.

Juanito ya se creía todo lo que decía Juana, incluso su nombre. Ella tenía una voz suave y pronunciaba mucho las eses. Ahora Juanito pensaba en el castillo, en una alta roca sobre el mar.

—¿Y veías el mar? Yo nunca he visto el mar. Dime, ¿cómo es?

—Es muy grande, unas veces azul y otras negro. Cuando está negro, da miedo contemplarlo. Pero a mí no me daba miedo.

Juana se quitó sus gafas y empezó a enredar con ellas mientras hablaba.

—Pero me gusta más vivir en la ciudad que en el castillo. Yo vivo en el centro, ¿sabes? Si quiero ir a casa de mi amiga Caty, tengo que tomar el «Metro» porque mi casa está a «setenta y cinco» kilómetros de la suya. Los domingos por la mañana vamos de paseo al Parque y montamos en las barcas. Luego, por la tarde, vamos al cine. Los días de trabajo, al salir del colegio, vamos mirando los escaparates, que están llenos de luces, de juguetes y de golosinas. ¿Te gustan a ti las golosinas? Bueno, pero aquí no puedes ir al cine. ¿Sabes? El otro día vi una película preciosa. Era de crímenes. Siete crímenes, fíjate. ¿Aquí no ocurren crímenes? Claro, estáis tan atrasados... Bueno, pues allí sí, todos los días. Hace poco un hombre cortó la cabeza a una tía suya para heredarla. ¿No es emocionante?

—¡Juana!—la interrumpió Juanito entre maravillado y horrorizado.—Tú no eres buena.

Juana le miró sin comprender.

—Eres estúpido—le dijo, y separándose de él, empezó a andar por el camino del cementerio. Juanito la siguió, deseando oír más cosas de la ciudad.

—Espérame, Juana. ¿Dónde vas?—Era como un naufrago en un mar de soledad, que se asía a una tabla llena de pinchos.

—No sé—dijo Juana—. Hacia adelante. Pero, anda, vete. Me gusta ir sola.

—Déjame ir contigo. Quiero ir al cementerio a rezar a mi padre.

—Bueno, vamos—concedió la muchacha—. ¿Está muy lejos?

—No, pasando ese puente. ¿Ves aquellos árboles?

Caminaron en silencio hasta llegar al puente. Allí Juana se detuvo a mirar el riachuelo. El agua corría por un cauce muy estrecho y hondo. El puente era de madera y todavía estaba rota la parte por donde se cayó el buhonero. Al lado del arroyo, unos chicos jugaban a hacer castillos de arena.

—Dime, Juana, ¿está muy lejos la ciudad?

—No. Sólo hay que seguir este camino adelante, que termina en ella.

—¿Y se tardarían muchos días en llegar?

—¡Oh, no! Sólo unas horas.

Juanito pensaba en la maravillosa ciudad, con sus bulevares, sus cines y sus mujeres pregonando lotería. Seguiría este camino y la encontraría tras aquellos montes azules... Allí habría muchos niños miopes que serían sus amigos.

Los chicos que jugaban con la arena empezaron a importunar a la extraña pareja que estaba sobre el puente.

—¡Cuatro ojos! ¡Cuatro ojos!

—¡No, son ocho! ¡Ocho ojos!

Juanito tomó la mano de su compañera.

—Vamos. No les hagamos caso.

—A mí no me importa—dijo ella con su habitual actitud despreciativa—. Son unos piojosos.

Juanito sintió un ligero orgullo al pasar con aquella chica que casi era marquesa, por delante de los niños piojosos. Ella andaba muy tiesa; las gafas le daban un gracioso aire de persona mayor. Sin mirar a los picaros que les insultaban, entraron en el cementerio.

—¡Qué corral!—exclamó Juana.

—No es ningún corral. Don Nicolás dice que es tierra sagrada donde no se puede hacer ni decir nada malo. Si lo haces, es como si te burlaras de los muertos.

—¿Y a mí qué me importa todo eso? Para mí es un corral.

Juanito miró a su amiga y vio que los ojos le brillaban de un modo raro. La soberbia le enrojecía las mejillas. Era una criatura mala. Como la hierba que crece entre las tumbas. Ahora iba cogiendo las escasas flores que adornaban las lápidas. Aquello era como un sa-

crilegio. Cuando fué a quitar una única rosa que languidecía sobre la tumba de su padre, Juanito le detuvo las manos.

—De aquí, no.

—¿Por qué?

—Esta es de mi padre.

—Eres tonto. Tu padre ya no existe: sólo es un poco de carne que se pudre ahí, entre la tierra. A él le da lo mismo que sobre su tumba haya rosas o cardos. Está muerto. Y los padrenuestros que le reces no le servirán de nada.

Juana arrancó la rosa. Nadie sabría decir si su actitud era precoz o simplemente lógica. Pero Juanito se enfadó.

—¡Eres mala! También tú algún día te pudrirás bajo la tierra y una mano como la tuya cortará las flores que haya sobre ti.

—No me importará nada. ¿Podré yo darme cuenta?

Juanito no respondió. Quizá ella tuviera razón. ¿De qué le servirían las flores a los muertos si ellos no podían verlas ni tocarlas? Se sentó muy triste sobre la losa y se puso a limpiar sus gafas empuñadas por las lágrimas. Juana permanecía de pie, a su lado. Quizá le juzgara estúpido. Como para pedir una reconciliación, dijo alegremente:

—Oye, Juana, déjame tus gafas. ¿Quieres?—Para él, las gafas de la muchacha eran una ilusión. No era él sólo quien...

Juanito había cogido las gafas de las manos de Juana, y las miraba atónito, desilusionado. Allí donde debía estar el cristal, no había nada. Aquellas gafas no tenían cristales.

—Me las pongo para parecer mayor, ¿sabes? Mi padre también tiene gafas. Pero éstas son de mentira.

Eran de mentira. Juana no era miope. Juana era fea y antipática. El puente entre aquellos dos corazones distintos se rompió. Juana volvió a ser una extraña ante sus pobres ojos miopes.

—Vete—le dijo.

Ella le miró extrañada y un poco ofendida. Puso todas las flores al lado de Juanito, sobre la lápida, y se marchó sin decir nada. Él vio alejarse su delgada figura por el camino. Pasó el puente. Había sido como una aparición extraña y fugaz. Ahora ya no existía.

* * *

Con el crepúsculo, el cementerio tomaba un aspecto irreal. Juanito estaba inmóvil, sobre la tumba. La sensación que tuvo al ponerse las gafas de Juana y seguir viendo igual, había sido la desilusión mayor que había experimentado en su corta vida. Tan abstraído estaba, que no se dió cuenta de que los chicos que antes habían estado jugando con la arena, le rodeaban ahora, dispuestos a divertirse a su costa.

—¿Qué? Te dijo que no, ¿verdad?

—Claro, tú eres muy poca cosa.

—No sabes jugar al fútbol.

—Ni puedes ver sin esas gafas, igual que un viejo.

Juanito no les hizo caso. Ya estaba acostumbrado. Pero las bur-las se fueron haciendo crueles.

— ¡Qué santito! Viene a rezar a su padre.

— Tu padre era tonto.

— Era como tú.

— Era un... Bueno, ya sabes: mi tío dice que tu madre le dejó un mes por otro.

— Si, se fué con otro.

Juanito no pudo resistir el horrible insulto que hacían a su padre en el mismo lugar donde reposaba. Se levantó con una piedra en la mano y golpeó la cara del muchacho que había dicho aquello que no comprendía bien, pero que sabía que era algo malo. Al instante, todos se abalanzaron sobre él y le golpearon sin tener en cuenta su debilidad. Las gafas saltaron de sus ojos y se rompieron contra una cruz de piedra. Juanito sólo vió sombras. Demonios invisibles que le traían de aquí para allá. Se defendía como podía, pero al fin tuvo que darse por vencido. Le dejaron allí, llorando, con la cabeza entre las manos.

Su llanto se fué extinguiendo lentamente. Recordó que aún no había rezado y se arrodilló. Luego, se levantó. Tenía frío. Medio sin ver, salió del cementerio. Anochecía, y un silencio casi material se extendía por los campos. Los árboles alargaban al cielo sus ramas desnudas, semejantes a manos de viejas. Juanito pensaba en la ciudad. La ciudad no estaba lejos. Podía ir si quería, lejos de este pueblo donde no tenía una mirada cariñosa, excepto la de Madre, a quien nadie falta. Después de pasar el puente con mucho cuidado, se detuvo y miró hacia atrás. La ciudad estaba tras aquellos montes azules. Sólo se tardaba unas horas. En la ciudad había tantas cosas... Juanito se volvió apresuradamente. Corrió. Sus ojos llenos de niebla tropezaron contra la baranda que rompió el buhonero. Cayó al agua. Allí se ahogó su última ilusión, y se marchó en silencio.

Al día siguiente los hombres recorrieron el río, buscando, y detrás iban los chicos, como quien va a una fiesta. En el cementerio, alguien había encontrado unas gafas rotas.

JOSE ANTONIO G.^a BLAZQUEZ

PAGINAS

ANTOLOGICAS

CASTILLA

Cruzan por tierra de Campos, desde Zamora a Palencia

—que llaman tierra de Campos lo que son campos de tierra—.

Hacen siete la familia: buhonero, buhonera,

los tres hijos y dos burras, flacas las dos y una ciega.

En un carricoche renco, bajo la toldilla, llevan

unas pocas baratijas y unas pocas herramientas

con que componer paraguas y lañar vajilla en piezas;

tres colchoncillos de estopa, tres cabezales de hierba

y tres frazadas de borra: toda su casa y hacienda.

Cae la tarde. La familia marcha por la carretera.

Dan rostro a un pueblo de adobes que sobre un teso se otea.

Dos hijos, zagales ambos, van juntos, de delantera.

Uno, bermejo, en la mano sostiene una urraca muerta.

El padre rige del diestro las borricas, a la recua.

Viste blusa azul y larga que hasta el tobillo le llega,

la tralla de cuero al hombro, derribada la cabeza.

A la zaga del carrillo, despeinada, alharaquenta,

ronca de tanto alarido, las manos al cielo abiertas,

los pies desnudos a rastras, camina la buhonera.